

EL PENÚLTIMO DÍA

SÓLO quedará un incendio hacia lo alto. Y la tierra quemada.

¿Qué más da que los acontecimientos de nuestra vida se deban al azar o a la necesidad? ¿Qué más da que al final de la cadena de los efectos y de las causas haya una Voluntad o haya una Nada? El resultado, por desgracia para todos, es el mismo: no sabemos por qué sucede lo que sucede. Y tampoco sabemos qué consecuencias tendrá en nuestra vida —ni en la de los demás— cualquier suceso irrelevante. La vida es un río de lava que corre hacia un bosque; la voluntad una hojita seca en su camino. Y como sólo quedará un incendio hacia lo alto, ¿no es lo más sensato vivir como si hoy fuese el penúltimo día?

Xristos Eftaliotis había nacido en El Pireo. El puerto más antiguo de Occidente. La patria de los griegos legítimos, levantiscos, arrojados, que

son todos, excepto unos pocos bastardos que permanecen al cuidado de hacienda y mujeres. Un griego que se precie no le da una moneda a Queronte sin antes recorrer medio mundo, fundar una naviera y dilapidar su fortuna, si fuera menester. Al menos, esto es lo que juraba Eftaliotis por todos los dioses del Olimpo y por su santa madre. De estos lugares comunes y de otros muchos similares, estaba construido el universo mental de Eftaliotis.

Era el primogénito de dos varones –él y Dimitri– de un marinero procedente del Asia Menor que emigró a Nueva York para cumplir las tres ambiciones de todo griego, según Xristos, y que sólo cumplió la primera y la última. De Makarios, que así se llamaba el padre, jamás se supo nada; ni de su vida americana y, menos, de su imaginaria fortuna.

A Galatia, su mujer, no le quedaron muchas opciones. Abrió una pequeña confitería en el barrio de los marineros que le permitió sacar adelante a su familia y criar a sus hijos sin sobresaltos. En esta empresa colaboró con dedicación la abuela paterna que, además de su entrega, aportó la mayor parte de las recetas con la que se fabricaban los dulces: los pasteles de miel y sésamo, los bollos con sirope, las frutas

acarameladas, los chavàs. También se vendían almendras, higos, piñones y pasas de Corinto.

Dulces Eftaliotis ocupaba la parte del piso bajo que daba a la calle Leoforos Vasileos, donde la colina Mounichia se deja caer indolente hacia el Puerto Pequeño, el Microlimano.

La orografía de El Pireo es un buen ejemplo de la geografía de todo el país: las montañas, las colinas, los cerros se precipitan hacia el mar formando acantilados, farallones, islotes, archipiélagos... despeñándose como en tropel. El mapa de Grecia –y el de El Pireo– parece un papel arrugado en un estanque. La casualidad dibujó en este papel montañoso tres ensenadas que dieron origen a los tres puertos de la ciudad. Al más antiguo y pequeño de ellos, al puerto de Microlimano, llegó el padre de los hermanos Eftaliotis con su madre y su esposa Galatia. Fue al final de los años cuarenta, siguiendo la gran migración de 1923 por la presión otomana contra los asentamientos helenos en las antiguas colonias de Asia Menor. Unos meses después de nacer su segundo hijo se embarcó con destino a América. Y no volvió.

La ausencia del padre obligó a reajustar los papeles afectivos en la familia. La madre aceptó encarnar la ley; la abuela, por su parte, les contaba

cuentos y les prestaba un cálido refugio. En ambas se estableció un paralelismo frente a las dos instancias educadoras de la humanidad: el deber y el placer. Y las dos cubrieron con la nube del olvido imposible la huida de la persona que era, a la vez, hijo, marido y padre. Dimitri mantuvo desde pequeño el rescoldo del resentimiento y la herida abierta de quien se ha sentido alguna vez abandonado. Xristos, por el contrario, recordaba la mirada de su padre cuando le daba masajes en su pierna tullida, cuando le ataba los cordones de las botas o le ayudaba a montar en bicicleta. Y justificaba su decisión. Al fin y al cabo, su padre había asumido el único compromiso al que se deben los griegos: buscar la felicidad, vivir como un hombre. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El hecho de que los dos hermanos tuviesen diferencias tan profundas en este asunto y, por tanto, en el modo de encarar la vida no acarrió ningún enfrentamiento serio, ningún roce, más allá de los previsibles entre hermanos. Ambos crecieron unidos, amparados por una camaradería fortalecida por las circunstancias. Y sus diferencias –incluso la de la edad, ya que Xristos era siete años mayor que Dimitri– nunca fueron una barrera insalvable, sino todo lo contrario.

Dimitri obedecía a su hermano mayor y éste le hacía reír y lo llevaba a los lugares prohibidos de la ciudad. A veces, el hermano pequeño se sentía defraudado porque Xristos prefería a María, la hija del tabernero Vasilis Dokos, para ir a la playa o a escuchar música el domingo en el templete de la plaza cercana al paseo marítimo. Xristos se daba cuenta de los celos de Dimitri y procuraba apagarlos con una promesa, con una propina o con una aventura.

Un domingo por la tarde, Xristos invitó al cine a su hermano Dimitri.

—Esta noche vamos al Olympic. ¿Vienes con nosotros?

—¿Quiénes somos nosotros?

—Joder, macho, ya sabes quienes somos nosotros, Dimitri. ¿Vienes, o no?

—Bueno. ¿Qué película ponen?

—Una de amores, no te fastidia.

A Dimitri le encantaba ir al cine con su hermano. Se sentía ya un hombrecito cuando paseaba con él o cuando tomaban café turco en las cafeterías de Akti Koumoundourou y miraban con descaro las novias de los otros. Ellas se mostraban halagadas y pudorosas, se bajaban avergonzadas las faldas de flores y respondían con media sonrisa y una mirada pícaro haciendo

como que no veían, hablando de tonterías con su pareja. Xristos sabía perfectamente hasta dónde estaba permitido llegar sin que hubiese un altercado serio. Y jamás traspasó la raya. Tenía siempre presente su debilidad física, esa cojera que, cuando a él le daba la gana sabía disimular hasta hacerla invisible, pero que, en ocasiones, le obligaba a extremar la cautela y la prudencia. Dominaba bien las situaciones difíciles y su arrojo, su atrevimiento, su olfato del peligro, le garantizaban una salida airosa cuando las cosas se ponían feas. En su interior, sin embargo, le rondaba la duda hiriente de si en realidad esta sagacidad era inteligencia o cobardía; de si era puro miedo este instinto de supervivencia que evitaba el enfrentamiento físico gracias a un golpe de ingenio o a una salida inesperada justificándolo, en su fuero interno, en una superioridad moral sobre los demás.

María, la hija del tabernero, se reía con Xristos. Le encantaba su buen humor, su sentido práctico, su glotonería infantil. Sus chistes. Pero Dimitri se sentía incómodo en presencia de María. Ella le trataba como a un niño pequeño, como a su hermanito, como a un caniche o a una mascota simpática e inofensiva. Y eso a él le molestaba.

El cine de la calle Filonos, el Olimpiyc, era un

cine de verano en el que el público comentaba en voz alta, con silbidos, gritos y pataleos, las incidencias de la película. Los jóvenes decían ocurrencias y lanzaban piropos a la protagonista; los viejos mandaban callar, sin resultado; los chicos bebían refrescos de canela y provocaban a las muchachas adolescentes. Alguno aprovechaba la oscuridad para tirar cacahuets, colillas encendidas o escupitajos a las filas delanteras. Todos protestaban por algo. Los niños más pequeños corrían arriba y abajo por el pasillo central, entre las hileras de sillas con los asientos de enea. De vez en cuando, la cinta de la película se rompía y el forzado descanso permitía a los espectadores comprar cigarrillos, caramelos de menta, tomar aire después del acoso a la novia que se arreglaba la ropa y el pelo, acomodar el cojín o ir a los urinarios que estaban junto a la entrada, detrás de las taquillas.

La película en el Olympic era una excusa para encontrarse con la gente del barrio de Zea, para tener alguna intimidad con la novia, para hacer gamberradas durante un par de horas. Ese domingo, al finalizar la segunda función, salieron los tres canturreando una melodía de la película que acaban de ver, *Pote tin Kyriaki*, de la Mercuri. Subieron dando un paseo por

la avenida Vasileos Georgiou que atraviesa las calles paralelas que dan al mar.

—Dimitri, sigue tú. Enseguida te alcanzo. Tengo que hablar de un asunto con María.

Dimitri ya sabía que Xristos no llegaría a casa antes de la medianoche. Y que llevaría a la hija de Vasilis a alguna plaza sin farolas o a algún portal oscuro para besarla. A María la veía en su imaginación, alegre, generosa, confundiéndola voluntariamente con Melina Mercouri, en su papel cinematográfico de prostituta, dispuesta a acoger a su hombre como la ensenada de Microlimano recibía en su seno a los barcos de pasajeros: sin preguntarles cuál era su origen, su religión o su estado civil. A él, esa noche, le hubiera gustado ocupar el lugar de su hermano. Pero no quiso reconocer su envidia.

Dimitri era cumplidor de sus obligaciones, pero le encantaba que Xristos le sacara de ellas. Muchas veces, en las pesadas tardes de verano, el hermano mayor miraba al otro desde la puerta de la tienda de dulces y le guiñaba un ojo cómplice para que aligerara las faenas, diera una excusa creíble a su madre y abandonara el mostrador. Si no hacía buen tiempo, cogían una motocicleta, cuyo esqueleto habían recompuesto con piezas de segunda mano, y se acercaban a

los baruchos más alejados del barrio, a beber aguardiente y a fumar tabaco turco de estraperlo. La abuela suavizaba el enfado de la madre y ésta aparentaba contrariedad. En su fuero interno, se sentía orgullosa con el fruto de su sacrificio. *esto lo he hecho yo yo sola Makarios Eftaliotis cabrón egoísta hijo de puta aunque tu madre sea una santa que lo es así te pudras en el último rincón de este mundo abandonado de todos como yo me he visto en mala hora merecías ser turco o condenado en la torre Sangrienta perro maricón.*

Esto se decía para sí misma, con lo que el vaso de su alegría acababa siempre con el regusto amargo del rencor. A pesar de ello, jamás dijo en voz alta el menor reproche, ni abordó el asunto delante de sus hijos. Pero Xristos sí sabía qué pensaba su madre cuando, sentada ante la máquina de coser, se frotaba sus piernas de venas hinchadas o cuando se le iba la mirada hacia el retrato de boda colgado en la pared y se le dibujaba en la boca un gesto de asco, de fraude, como si fuera a escupir. Entonces, como un rayo, la tomaba por la cintura y la besaba y le decía que se casara con él. Ella forcejeaba para apartarlo de su lado. Al punto el rictus de su boca se había convertido en una sonrisa luminosa, agradecida.

—¡Xristos, Xristos! ¡No seas loco, déjame que me tiras al suelo!

Él corría al patio en el que la abuela regaba plantas de tomillo, de salvia, de menta, y arrancaba una ramita de albahaca, y la frotaba entre las manos. Y, luego, acariciaba el pelo de su madre para que oliese a campo, a tierra, a los olores que el Egeo traía del Asia Menor. Xristos abrazaba a su madre, le daba besos. Dimitri reía y la abuela suspiraba con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Construiré el barco más grande del mundo para ti y le pondré tu nombre! ¡El Galatia! ¡No podrá navegar por el canal de Corinto porque tocará con su panza las dos orillas!

Y seguía bailando alrededor de la madre. En el patio se concentraba el olor de las macetas recién mojadas con la regadera, el azahar del limonero, la biznaga. Dimitri y la abuela tocaban las palmas siguiendo el ritmo oriental de las islas del Dodecaneso. Las vecinas cantaban en las ventanas. Algunas se sumaban a la bulla dando gritos:

—¡Galatia, qué buen novio te ha salido!

—¡El mejor, el mejor, ya lo quisieras para ti y para tu hija...! —chillaba la abuela riendo—. ¡Pero estáis lisas las dos, como un palo...! ¡Mi Xristos quiere...! —exclamaba, mientras se tocaba el pecho con las manos reseca, sentada en la

butaca de mimbre.

—¡Xristos, Xristos... vale ya, por favor!
¡Abuela, pare usted a este loco! ¡Esta casa es un manicomio!

La madre se tumbaba en la hamaca del patio, sonriente, agotada. Miraba de reojo a las vecinas. Mientras, la abuela se encerraba en la cocina a moler café. Para hacerle un buen café a *su* Xristos. El mejor café. Como ella había aprendido a hacerlo de su abuela, en Asthypalea: dulce, muy dulce; intenso, muy intenso. Con poso. Para hombres fuertes, valientes. Como *su* Xristos.

Un día de principios de verano, con el sol ardiente cayendo sobre toda Grecia, distorsionando sus pueblos, carreteras y caminos, Dimitri propuso a su hermano ir a la playa, y a su hermano le pareció bien.

A Xristos no le agradaba ponerse el bañador y mostrar la cojera de su pierna derecha. Pero jamás declinaba una invitación, en parte por someterse voluntariamente a esta humillación y vencerla, y vencerse a sí mismo. Guardaron en una mochila los bañadores y las toallas, se